

Catecismo (554-556) Una visión anticipada del Reino: La Transfiguración.

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 554:

A partir del día en que Pedro confesó que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Maestro "comenzó a mostrar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén, y sufrir [...] y ser condenado a muerte y resucitar al tercer día" (Mt 16, 21): Pedro rechazó este anuncio (cf. Mt 16, 22-23), los otros no lo comprendieron mejor (cf. Mt 17, 23; Lc 9, 45). En este contexto se sitúa el episodio misterioso de la Transfiguración de Jesús (cf. Mt 17, 1-8 par.; 2 P 1, 16-18), sobre una montaña, ante tres testigos elegidos por él: Pedro, Santiago y Juan. El rostro y los vestidos de Jesús se pusieron fulgurantes como la luz, Moisés y Elías aparecieron y le "hablaban de su partida, que estaba para cumplirse en Jerusalén" (Lc 9, 31). Una nube les cubrió y se oyó una voz desde el cielo que decía: "Este es mi Hijo, mi elegido; escuchadle" (Lc 9, 35).

Este episodio de la Transfiguración "en el que hay una visión anticipada del Reino".

Para entenderlo hay que ver en que momento ocurre esta escena. Ver el momento da mucha luz y da una gran comprensión del evangelio.

Tenemos el problema de que cuando vamos a misa y se nos proclama un evangelio –"en aquel tiempo..."–, y se nos proclama un pasaje, sin saber lo que hay antes y después del evangelio que se ha proclamado. Es importante para poder contextualizar los pasajes evangélicos que tengamos una lectura continuada de los evangelios para ver que los acontecimientos que se narran tienen un orden y esto es importante; y este es el caso.

Es un hecho –dicen los escrituristas–, que un lugar central de los evangelios es esa confesión de San Pedro, cuando confiesa la personalidad Mesiánica y divina de Jesucristo: **"¿Quién dice la gente que soy Yo?"**. Jesús le dice a Pedro: *"Bienaventurado tu, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino el Espíritu..."*.

Es entonces cuando Jesús hace la confesión: *"Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; te daré las llaves del Reino de los Cielos"*.

Después, Jesús para que se entienda bien su mesianismo le anuncia a Pedro la cruz, le anuncia la Pasión:

Mateo 16, 21: Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día. Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!»

23Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!»

En ese momento Pedro se desconcierta. Es ese momento, después de recibir de Jesús la Primacía, recibe como un "chorro de agua fría", cuando se le anuncia la pasión.

Acto seguido de esto –a los seis días, matiza San Marcos– tubo lugar la subida al Tabor y la Transfiguración.

Ocurrió después de esto, porque Jesús veía el momento conveniente. El Señor es un gran pedagogo y sabe en nuestra vida, intercalar acompañar, los momentos de gloria y los momentos de cruz; las consolaciones y las desolaciones.

Marcos, 9, 2-9: Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan, y los lleva, a ellos solos, aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos, 3y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, tanto que ningún batanero en la tierra sería capaz de blanquearlos de ese modo.

4Se les aparecieron Elías y Moisés, y conversaban con Jesús.

5Toma la palabra Pedro y dice a Jesús: «Rabí, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías»;

6- pues no sabía qué responder ya que estaban atemorizados -.

7Entonces se formó una nube que les cubrió con su sombra, y vino una voz desde la nube: «Este es mi Hijo amado, escuchadle.»

8Y de pronto, mirando en derredor, ya no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos.

9Y cuando bajaban del monte les ordenó que a nadie contasen lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos.

Hay una voluntad, por parte de Jesús que es la de fortalecer los ánimos, **aliviar el escándalo de la cruz**. Es cierto que el escándalo de la cruz puede hacer que alguien se aparte del camino de Dios. Tenemos muchas experiencias en nuestra vida como la dureza de la cruz; donde a algunas personas les ha acercado a Dios y a otras les ha alejado de Dios.

Personas que –por ejemplo- la muerte de un ser querido les ha acercado a Dios, y a otras personas en la misma circunstancia les ha alejado de Dios. ¿Cómo es posible esas dos actitudes diferentes frente a la misma situación...?

En este episodio de la Transfiguración se nos da una pista para entender esto. Cuando la cruz es vivida en medio de esa contemplación de la gloria, de la presencia de Dios: acerca a Dios.

Cuando la cruz es vivida sin ese momento de contemplación de la gloria de Dios, nos aleja. **La cruz por si sola: escandaliza**. Sin embargo el Señor quiere dosificar la **cruz con momentos de gloria**.

El problema es, que a veces, nosotros vivimos la cruz sin permitirle al Señor que nos ilumine porque **no nos ponemos en su presencia, porque tampoco buscamos “la soledad del Tabor”**. Porque no nos ponemos ante un sagrario. No permitimos que Él nos ilumine, con ese momento de gloria, de luz, de consuelo interior.

Dicen los escrituristas que el episodio de la Transfiguración, termina la etapa de Galilea –dicen algunos que fue como “la primavera de Jesús”- y comienza la segunda etapa de Jesús que es la subida a Jerusalén hacia la cruz. Es como una bisagra en el evangelio. Y antes de la subida a Jerusalén tiene ese momento de gloria.

El Padre Dios quiere confortar a Cristo porque sabe que le espera la parte más difícil y dura de su ministerio mesiánico. Es emocionante la voz que se oye “**Este es mi hijo amado**”; parece como el Padre esta mostrando, también, el sufrimiento, lo que supone para El, el que se envié a Jerusalén –a la cruz- a su hijo amado. También decía en la teofanía en el río Jordán: “**en quien me complazco**”. Es una especie de demostración de la intimidad que hay en el seno de la Trinidad, esa felicidad tan grande que existe entre las tres personas divinas.

Es un momento de “Teofanía”, que quiere decir manifestación del misterio de Dios. **Lo que se manifiesta es la FILIACION DIVINAS DE JESUCRISTO: “¡Este es mi Hijo amado!”**.

Se nos muestra el ser mas intimo: Quien es Jesús. Se esta descorriendo el velo que tapaba la personalidad profunda de Jesucristo. El cuerpo –la carne- nos esta ocultando de alguna manera la personalidad profunda de Jesucristo: Su filiación Divina.

Jesucristo necesitaba ese consuelo del Padre camino de Jerusalén. No sabemos si en aquellas noches que Jesús pasaba en oración a solas –no hay testigos-, si tubo momentos de consolación, es posible. El caso es que en el momento de la Transfiguración sí había testigos.

Fijaos que el Padre además de decir quien es Jesús “Este es mi Hijo amado”, y a continuación nos pide: **“¡escuchadle!”**. Se nos recuerda que Jesús es el profeta enviado; y que no solo se le debe de admirar sino que se le debe de escuchar, también.

Nosotros estamos llamados a ser oyentes de la Palabra, y Jesús es el Verbo. No solo es el portador del mensaje de Dios: **Él es la palabra**.

Aquí se esta cumpliendo una promesa que Yahvé había hecho a Moisés:

Deuteronomio 18, 14-19: 14Porque esas naciones que vas a desalojar escuchan a astrólogos y adivinos, pero a ti Yahveh tu Dios no te permite semejante cosa.

15Yahveh tu Dios suscitará, de en medio de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo, a quien escucharéis.

16Es exactamente lo que tú pediste a Yahveh tu Dios en el Horeb, el día de la Asamblea, diciendo: «Para no morir, no volveré a escuchar la voz de Yahveh mi Dios, ni miraré más a este gran fuego».

17Y Yahveh me dijo a mí: «Bien está lo que han dicho.

18Yo les suscitaré, de en medio de sus hermanos, un profeta semejante a ti, pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande.

19Si alguno no escucha mis palabras, las que ese profeta pronuncie en mi nombre, yo mismo le pediré cuentas de ello.

En el momento del Tabor Jesús se presenta como el gran profeta esperado: “Escuchadle”.

En el monte Tabor había dos personajes –Moisés y Elías-, y tres testigos -Pedro, Santiago y Juan-.

Aparecen en medio de una nube. En la Escritura, la nube, suele estar relacionada a la manifestación de la gloria de Dios. La presencia de Moisés y Elías, no es casual –ni mucho menos-. La presencia de Moisés nos evoca:

Éxodo 24, 15-18: Dijo Yahveh a Moisés: «Sube hasta mí, al monte; quédate allí, y te daré las tablas de piedra - la ley y los mandamientos - que tengo escritos para su instrucción.»

13Se levantó Moisés, con Josué, su ayudante; y subieron al monte de Dios.

14Dijo a los ancianos: «Esperadnos aquí que volvamos a vosotros. Ahí quedan con vosotros Aarón y Jur. El que tenga alguna cuestión que recurra a ellos.»

15Y subió Moisés al monte. La nube cubrió el monte.

16La gloria de Yahveh descansó sobre el monte Sinaí y la nube lo cubrió por seis días. Al séptimo día, llamó Yahveh a Moisés de en medio de la nube.

17La gloria de Yahveh aparecía a la vista de los hijos de Israel como fuego devorador sobre la cumbre del monte.

18Moisés entró dentro de la nube y subió al monte. Y permaneció Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches.

Nos viene a recordar que Moisés en el monte Sinaí contemplo la Gloria de Dios –que en aquel momento, aunque todavía no se era consciente en el Antiguo Testamento, era la misma Gloria de Cristo-.

Moisés representa la Ley del Antiguo Testamento que ahora esta ante la nueva Ley –que es Jesucristo-.

Elías también había tenido una experiencia similar:

1º Reyes 19, 9 -13: Allí entró en la cueva, y pasó en ella la noche. Le fue dirigida la palabra de Yahveh, que le dijo: «¿Qué haces aquí Elías?»

10El dijo: «Ardo en celo por Yahveh, Dios Sebaot, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela.»

11Le dijo: «Sal y ponte en el monte ante Yahveh.» Y he aquí que Yahveh pasaba. Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas ante Yahveh; pero no estaba Yahveh en el huracán. Después del huracán, un temblor de tierra; pero no estaba Yahveh en el temblor.

12Después del temblor, fuego, pero no estaba Yahveh en el fuego. Después del fuego, el susurro de una brisa suave. 13Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva.

Elías es imagen de los profetas en el Antiguo Testamento, que ahora ven en Cristo el nuevo profeta.

Es por lo tanto, el Antiguo Testamento que quiere contemplar a Dios.

Hay una diferencia importante y es que en el Antiguo Testamento fueron “iluminados” por una luz exterior a ellos – Moisés-, ante la presencia de Dios; pero en el caso de Jesucristo –Los Santos Padres hacen esta distinción- no es iluminado, sino que El que El mismo “resplandece”. **La luz sale de dentro de El.**

Moisés y Elías perciben que “aquella luz que les ilumino desde fuera”, ahora sale del interior de Jesucristo.

Hebreos 1, 3: ***el cual, siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia, y el que sostiene todo con su palabra poderosa, después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas,***

La transfiguración es un momento de la manifestación de la divinidad de Jesucristo.

Punto 555:

Por un instante, Jesús muestra su gloria divina, confirmando así la confesión de Pedro. Muestra también que para "entrar en su gloria" (Lc 24, 26), es necesario pasar por la Cruz en Jerusalén. Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la Montaña; la Ley y los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías (cf. Lc 24, 27). La Pasión de Jesús es la voluntad por excelencia del Padre: el Hijo actúa como siervo de Dios (cf. Is 42, 1). La nube indica la presencia del Espíritu Santo: Tota Trinitas apparuit: Pater in voce; Filius in homine, Spiritus in nube clara ("Apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la nube luminosa" (Santo Tomás de Aquino, S.th. 3, q. 45, a. 4, ad 2):

«En el monte te transfiguraste, Cristo Dios, y tus discípulos contemplaron tu gloria, en cuanto podían comprenderla. Así, cuando te viesen crucificado, entenderían que padecías libremente, y anunciarían al mundo que tú eres en verdad el resplandor del Padre» (Liturgia bizantina, Himno Breve de la festividad de la Transfiguración del Señor)

Cristo se Transfiguro delante de Pedro Santiago y Juan, que en el fondo somos cada uno de nosotros, para mostrarnos nuestra **vocación a ser transfigurados**. Tomas conciencia de que el camino de la salvación es un camino de progresiva transfiguración, progresiva transformación.

Benedicto XVI recordó en el mensaje que dio en Colonia a los Jóvenes, en la JMJ 2005, cuando hablaba de la eucaristía dijo que la transformación del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, era un preanuncio de la debida transformación que tenia que haber en nosotros de el hombre viejo al hombre nuevo. Todos estamos llamados a transformarnos a imagen de Cristo.

A veces tenemos la tentación de pensar que la salvación consiste en que Dios –por su misericordia- no nos impute nuestros pecados (haga la “vista gorda –como se dice-); y nosotros, sin habernos transformados entremos en el cielo. Hay una imagen –que no es católica, que es luterana- que dice que la salvación será como un montón de estiércol –que somos nosotros, es nuestro pecado-, y Dios en su providencia hace que caiga una gran nevada, y que la nieve cubra con su manto y tape ese montón de estiércol. Dios tapa nuestro pecado y así podemos ser salvados.

Es como pensar que limpiar nuestra vida es como barrer la casa y esconder la basura debajo de la alfombra.

Es tentadora esta explicación, porque a veces nos vemos pecadores y uno intenta superar su pecado, y no puede, y vuelve a caer en lo mismo, y no puede... Nos vemos impotentes en esa transformación que intentamos, cayendo siempre en los mismos pecados. “Que me tapen mis pecados, y yo tire para adelante”.

Es tan tentadora como desesperanzada. Al fondo es no creer en la verdadera capacidad y poder de Dios de transformarnos.

Desde este episodio de la Transfiguración es importante que entendamos que todos tenemos una vocación a ser transfigurados, a ser transformados interiormente.

¿Y esto como se hace...?

Aquí se nos da una indicación importante –no será la única- : **CONTEMPLAR la Gloria de Cristo para irnos transformando.** ¡Que importante es la oración contemplativa!

¡Ojo!, que la oración contemplativa no es pasiva; a veces pensamos esto. El que contempla de verdad se transforma en la medida que contempla. Se va reflejando en él lo que va contemplando, y va reflejando en su vida lo que va contemplando. Igual él no se da cuenta, pero se va cambiando.

Dicen los dietistas que “el hombre es lo que come”. Nosotros diríamos “el hombre es lo que mira”, aquello en lo que fijas tu atención, en eso poco a poco te vas transformando. Ya sabemos lo que en nuestra cultura se mira: se mira la televisión. Se miran esos modelos culturales que se nos están poniendo. La pantalla es el objeto de contemplación. Si contemplamos telebasura en eso nos transformamos, aunque no nos demos cuenta.

Si nos pusiésemos ante el sagrario como nos ponemos frente al televisor, que no nos quepa duda que nos transformaríamos en eso que contemplamos. “Dime donde pones tus ojos y te diré que es lo que refleja tu vida”.

Hay una llamada muy importante en la espiritualidad de la Transfiguración. Estamos llamados a ser transformados, aunque a nosotros nos parezca muy difícil (creemos que tenemos el corazón demasiado endurecido) -¡Déjale eso al Señor!-, tu contempla su Gloria, contempla su rostro y El hará ese trabajo de transformación interior.

Contemplando a Cristo nos hacemos semejantes a El, nos “conformamos” a El. Permitimos que su mundo, sus objetivos, sus sentimientos se impriman en nosotros; que sustituyan a nuestros pensamientos, objetivos.

Sucede lo mismo en la contemplación que en la Fotografía, (El termino “fotografiar” aparece por primera vez en un autor bizantino del ¡siglo XII!) para indicar lo que sucede cuando el alma contempla a Cristo. Este autor que se llama “Filoteo Sinaita” dice este texto:

“Custodiamos con toda atención el espejo del alma en el que normalmente se imprime y se fotografía Jesucristo, sabiduría y fuerza de Dios”.

Mira donde pones tus ojos, ciertas imágenes tiene el poder de grabarse en nuestra mente y permanecer allí como grafitos. Eso fue así, tan impactante fue aquella contemplación para Pedro para Santiago y para Juan, que muchos años más tarde, cuando Pedro escribe la segunda epístola (30 o 40 años después) escribió lo siguiente:

2 Pedro 1, 16-18: 18Nosotros mismos escuchamos esta voz, venida del cielo, estando con él en el monte santo. Os hemos dado a conocer el poder y la Venida de nuestro Señor Jesucristo, no siguiendo fábulas ingeniosas, sino después de haber visto con nuestros propios ojos su majestad.

17Porque recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando la sublime Gloria le dirigió esta voz: «Este es mi Hijo muy amado en quien me complazco.»

La contemplación de Cristo no se le olvido nunca.

Lo dejamos aquí